

**EL VENENO DE LA
TARÁNTULA**
*Los misterios de Byomkesh
Bakshi*

SARADINDU BANDYOPADHYAY

**Traducción:
Juan Jiménez Ruiz de Salazar**



Picture Imperfect and other Byomkesh Bakshi Mysteries
by Saradindu Bandyopadhyay, translated from the Bengali by Sreejata Guha
First published by Penguin Books India in 1999
English translation copyright Penguin Books India
Copyright © Penguin Books India Private Ltd.

Copyright © 2015 Quaterni de esta edición en lengua española
© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Juan Jiménez Ruiz de Salazar

EL VENENO DE LA TARÁNTULA. Los misterios de Byomkesh Bakshi
Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web:
www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-942858-3-7

EAN: 9788494285837

IBIC: FFH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Raquel Ramos Cudero

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-4749-2015

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 (03)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

PRÓLOGO

ienes en tus manos, querido lector, ocho casos del afamado Inquisidor Byomkesh Bakshi. En la editorial Quaterni siempre intentamos traer obras que lleven al lector a un mundo distinto en el ámbito cultural. En este caso, el espacio y el tiempo que vamos a visitar es la India en la primera mitad del siglo xx, a través de la visión lógica y desapasionada del homólogo de Sherlock Holmes.

Por lo general, estos relatos siguen la misma estética y estructura que podíamos ver en los relatos del famoso detective inglés creado por Sir Arthur Conan Doyle, pero siempre con el sabor propio de la cultura bengalí. Para traérselos, hemos aprovechado las magníficas traducciones al inglés que se hicieron de ellos y los hemos seleccionado de forma coherente para que formen dos pequeños corpus de relatos. En este primero, veremos tres de los momentos más importantes del detective: el encuentro con el personaje narrador, el encuentro con la amada y el encuentro con su archinémesis. Para ello, hemos seleccionado todos los relatos que vienen en la antología inglesa *Picture imperfect and other Byomkesh Bakshi Mysteries* así como uno de los pertenecientes a la antología *The Rhythm of Riddles*. También está incluida, por su interés filológico y cultural, la nota que hizo la traductora del bengalí al inglés en la antología *Picture imperfect and other Byomkesh Bakshi Mysteries*.

Hay varias diferencias estilísticas que podemos resaltar respecto al habitante del 221B de Baker Street, pero quizá el más importante reside en los dos personajes secundarios que conocemos en estos relatos. Para empezar, su Watson es, en realidad, un escritor, o, mejor dicho, un aspirante a escritor que, por un azar del destino, se ve envuelto en uno de sus casos. El otro personaje secundario que aleja la imagen del solitario investigador británico es, precisamente, la aparición de una mujer fuerte y decidida en su vida y cómo acaba envuelto en una situación muy distinta de la vivida por Holmes con Irene Adler, pero que resulta mucho más atractiva dentro de la sociedad en la que se mueve. También podemos ver, como nota de frescura respecto a otros detectives, la forma en que se interrelacionan varios de sus casos, de forma que el propio detective tiene a bien recordarnos algunos detalles de casos anteriores.

EL INQUISIDOR

mi primer encuentro con Byomkesh tuvo lugar la primavera de 1925.

Acababa de graduarme en la universidad. No había ninguna presión para que me ganase el pan de cada día. El dinero que mi padre había dejado en el banco generaba unos intereses suficientes como para cubrir los gastos de una persona que vivía en un hostel en Calcuta. Había decidido permanecer soltero toda mi vida y gastar mi tiempo perfeccionando las artes literarias. El primer golpe de entusiasmo juvenil me había llevado a creer que una dedicación completa a la musa literaria me llevaría a cambiar la faz de la literatura bengalí. En ese punto en la vida, no es raro que los bengalíes sueñen con la grandeza y, normalmente, no tardan mucho en hacerse pedazos esos sueños.

Sin embargo, déjame continuar con la historia de mi primer encuentro con Byomkesh.

Puede ser que incluso aquellos completamente familiarizados con Calcuta desconozcan que hay un área en el mismo corazón de la ciudad que está rodeada por las viviendas de aquellos no bengalíes que no consiguen nada, por un suburbio de degenerados y por las viviendas de los pálidos chinos. En el centro de esta mezcolanza, hay un triángulo que, a la luz del día, no parece nada especial. Pero después del ocaso la cosa cambia. A las ocho, todos los negocios echan el cierre y todo el lugar se ve

envuelto en un silencio mortal. Solo algunas figuras envueltas en sombras se deslizan por las calles después de esa hora. Si un forastero llega por error a esa zona por la noche, acelera el paso y sale de la zona tan pronto como puede.

Sería inútil entrar en detalles acerca de cómo llegué a un hostel en una zona así. Baste decir que, a la luz del día, los alrededores no me parecieron sospechosos para nada y, como estaba consiguiendo una habitación espaciosa en el primer piso por un precio muy razonable, me mudé sin más. Solo después me enteré que, cada mes, dos o tres cadáveres mutilados aparecían en las calles, y que una redada policial a la semana era lo normal. Pero para entonces ya había empezado a sentir un cierto apego al sitio y la idea de mover todo el equipaje no me atraía en lo más mínimo. Normalmente me quedaba en casa por la noche, concentrado en mis actividades literarias, por tanto el temor a que me hicieran daño era prácticamente inexistente.

En el primer piso había cinco habitaciones, cuyos habitantes eran únicamente caballeros. Todos eran de mediana edad y tenían empleos normales. Cada fin de semana se iban a casa, fuera de la ciudad, y volvían los lunes a su trabajo. Todos llevaban viviendo allí bastante tiempo. Recientemente, uno se había retirado y había vuelto a su pueblo natal; esa habitación fue la que me asignaron. Por las tardes, los habitantes se reunían para sesiones de *bridge* o de póquer, lo que llevaba aparejados los gritos y la agresividad que dichos juegos ocasionaban. Ashwini-babu¹ era un veterano de esos

1 Para mantener un rasgo característico de la sociedad bengalí de la época, se ha decidido mantener el sufijo de respeto –babu en los personajes que lo tuvieran. Este sufijo implica una pertenencia a un mismo rango social, el de la nueva clase media que medraba en esa época.

juegos y su principal rival era Ghanashyam-babu. Este último siempre armaba un escándalo cada vez que perdía. A las nueve en punto, la cocinera anunciaba la cena y todos se dirigían en paz a comer y después se retiraban a sus aposentos. Los días pasaban de esta manera en una invariable rutina. Yo también me había acostumbrado a esta forma de vida cómoda y serena con bastante aceptación.

El casero, Anukul-babu, ocupaba las habitaciones del bajo. Homeópata de profesión, era un hombre sencillo y amable. Probablemente también estuviera soltero, pues no había ninguna familia en la casa. Se preocupaba de las necesidades diarias de los inquilinos y supervisaba las comidas. Lo hacía con tal habilidad que no había espacio para las quejas. Una vez le dabas las veinticinco rupias el primer día del mes, podías estar seguro de que ibas a estar cómodo los siguientes treinta días.

El médico tenía unas buenas ganancias entre la gente pobre de la zona. Tanto por las mañanas como por las tardes la gente se alineaba frente a su consulta. Distribuía medicamentos a un coste nimio. Apenas hacía visitas a domicilio, pero, incluso entonces, no cobraba por ellas. Como resultado, el doctor era respetado por todo el vecindario. Yo también me volví admirador suyo en poco tiempo. Todos los días, sobre las diez de la mañana, todos se iban a trabajar y solo nos quedábamos nosotros dos en la casa. A veces comíamos juntos, y las tardes pasaban entre conversaciones ligeras y análisis de los titulares de los periódicos. Aunque el doctor era un hombre tímido, tenía don de gentes. No llegaba a los cuarenta años y no tenía ningún diploma universitario a su nombre, pero sentado en casa había amasado tal cantidad de conocimiento sobre todo lo que hay bajo el sol que me sentía maravillado solo de escucharlo.

—No hay ninguna otra cosa que hacer —me decía tímidamente cuando le expresaba mi admiración—, así que me siento en casa y leo. Todo mi conocimiento proviene de los libros.

Llevaba en esa casa un par de meses cuando, una mañana, sobre las diez, estaba sentado en la habitación de Anukul-babu, ojeando el periódico. Ashwini-babu se había marchado hacia el trabajo, mascando su *paan*¹ diario. Lo siguió Ghanashyambabu, aunque antes le pidió al doctor medicinas para el dolor de muelas. Los otros dos caballeros se marcharon a su debido tiempo. La casa iba a estar vacía ese día.

Un par de pacientes aún esperaban las atenciones del doctor. Después de darles las medicinas, se levantó las gafas hasta la frente.

—¿Alguna noticia interesante hoy? —preguntó.

—Hubo otra redada policial anoche en el vecindario.

—Eso no es ninguna novedad —sonrió Anukul-babu—. ¿Dónde fue?

—Bastante cerca, en el número treinta y seis, en la casa de un tal Sheikh Abdul Gaffoor.

—¡Vaya! Conozco a ese hombre. Viene a veces a que lo trate. ¿Mencionan qué buscaba la redada?

—Cocaína. ¡Mira, lee esto! —Le di el *Daily Kalketu*.

Anukul-babu se puso de nuevo las gafas en la nariz y leyó:

—Anoche hubo una redada policial en ---, en la casa de Sheikh Abdul Gaffoor, un peletero que vive en el número treinta y seis de la calle ---. Sin embargo, no se encontró ningún material de contrabando. La policía está convencida de que hay un escondite secreto en el área que gestiona el tráfico ilegal de

1 Preparado psicoactivo muy común en Asia, puede estar mezclado con tabaco y se consume mascándolo. Está compuesto de hojas de betel y nuez de areca o tabaco curado.

cocaína en el vecindario y en otros lugares. Una astuta banda ha sido capaz de engañar a la policía y de llevar a cabo sus actividades ilegales durante un tiempo. Es sin duda una vergüenza que el nido de estos maleantes no haya sido descubierto todavía, y que la identidad de su líder siga siendo un misterio.

Anukul-babu dejó de leer un momento.

—Es verdad. Yo también me he percatado de que debe haber un enorme centro de distribución de drogas ilegales por la zona —dijo—. Me han llegado algunas pistas. Ya sabes cómo es eso, con tantos pacientes que vienen a verme. Haga lo que haga, un adicto a la cocaína no puede ocultar sus síntomas a un médico. Pero ese Abdul Gaffoor no me pareció uno. De hecho, puedo jurar que es un adicto al opio. Él mismo me lo dijo.

—Anukul-babu, ¿cuál crees que es la razón por la que hay tanto asesinato en el vecindario? —le pregunté.

—Hay una explicación muy sencilla. Aquellos que infringen la ley sobre tráfico ilegal de drogas siempre tienen miedo de ser capturados. Por eso, si alguien se topa con uno de sus secretos, no tienen más remedio que matarlo. Míralo de esta forma: si estoy dando cocaína y tú lo descubres, ¿sería seguro para mí dejarte vivo? Si abres la boca y se lo cuentas a las autoridades, no solo iré a prisión, sino que todo mi negocio se hundirá. Bienes valorados en millones serían confiscados. ¿Puedo permitir que eso suceda? —Empezó a reírse.

—Parece que has estudiado bastante su psicología.

—Sí, es uno de mis ámbitos de interés. —Se estiró y se levantó.

Estaba preparándome para irme cuando, de repente, entró un hombre en la habitación. Tendría unos veintitrés o veinticuatro años. Se comportaba como una persona educada. Era delgado, con buena constitución, y guapo, y su rostro irradiaba inteligencia. Pero parecía haberse encontrado con tiempos duros

últimamente. Su ropa estaba destrozada: su camisa, deshilachada, y sus zapatos, especialmente sucios, ya que no parecía que los hubiera limpiado en mucho tiempo. Además, no iba peinado. Paseó la mirada entre Anukul-babu y yo.

—He oído que esta es una casa de huéspedes, ¿hay alguna habitación disponible?

Ambos lo miramos, un poco sorprendidos. Anukul-babu negó con la cabeza.

—No. ¿Cómo se gana la vida, señor?

El hombre se hundió en el sillón para los pacientes.

—Ahora mismo apenas consigo mantenerme con vida. Pido trabajo y busco un techo sobre mi cabeza. Pero, en esta endiablada ciudad, incluso encontrar una casa de huéspedes decente es casi imposible, todos los sitios están llenos.

—Es bastante difícil encontrar un hueco libre en mitad de la temporada —dijo, con tono compasivo, Anukul-babu—. ¿Cómo se llama, señor?

—Atul Chandra Mitra. Desde que llegué a Calcuta he estado yendo a todos los sitios donde pudiera haber un trabajo. Los escasos fondos que había traído conmigo después de cerrar mi casa en el campo y vender hasta la última de mis posesiones están a punto de agotarse, apenas me quedan veinticinco o treinta rupias. Eso no me durará mucho más si tengo que comer en hoteles dos veces al día. Por eso estoy buscando un albergue decente, no por mucho tiempo, solo un mes o así; si pudiera conseguir dos comidas completas al día y un lugar donde quedarme, podría apañármelas.

—Lo lamento mucho, Atul-babu, todas las habitaciones están ocupadas.

Atul suspiró.

—Bueno, entonces no hay nada que hacer, tendré que volver a marcharme. Quizá pruebe en el barrio Oriya. Mi única

preocupación es que por la noche puede que me roben el dinero. ¿Puede darme un vaso de agua, por favor?

El doctor se fue a buscarlo. Me daba pena el pobre hombre.

—Mi habitación es bastante grande —dijo tras dudarlo un poco—. Caben fácilmente dos personas. Si no tiene ningún problema...

—¿Problemas? —dijo rápidamente—. ¿Qué dice, señor? Me consideraría extremadamente afortunado. —Sacó un fajo de billetes del bolsillo—. ¿Cuánto tengo que pagar? Sería muy amable por su parte aceptar el pago por adelantado. Verá, no soy exactamente....

Su entusiasmo me divirtió.

—No pasa nada, puede pagarme más tarde —dijo riéndome—. No hay ninguna prisa. —Anukul-babu volvió con el vaso de agua—. Este hombre está en un brete, así que puede quedarse en mi habitación por ahora, no me molestará.

—Es muy amable —dijo Atul, aturdido por la gratitud—. Pero no le molestaré mucho tiempo. Si consigo algún otro sitio para quedarme, me mudaré inmediatamente. —Vació el vaso de un trago y lo dejó en la mesa.

Anukul-babu me miró asombrado.

—¿En tu habitación? Bueno, vale. Como no tienes objeciones, no tengo nada que decir. Te vendrá bien, además, el alquiler de la habitación se quedará en la mitad.

—No, no es por eso... —me apresuré a decir—. Parece necesitar ayuda.

—Sí, es cierto —dijo el médico riéndose—. Bueno, Atul-babu, ¿por qué no va y trae sus cosas? Le doy la bienvenida a esta casa.

—Sí, sin duda. No tengo mucho que traer, solo unas sábanas y una bolsa de tela. Se las dejé al guarda del hotel. Iré y las traeré inmediatamente.

—Hágalo y únase a nosotros durante la comida.

—Eso sería excelente, sin duda. —Atul me miró agradecido y se fue.

Cuando se fue, nos quedamos en silencio unos minutos. Anukul-babu estaba perdido en sus pensamientos, limpiando sus gafas con el borde de su *dhoti*¹.

—¿En qué piensas, Anukul-babu?

—Nada —respondió—. Es muy caritativo ayudar a alguien que tiene problemas y has hecho lo correcto. Pero, como sabes, tenemos un dicho acerca de acoger a gente desconocida... En cualquier caso, espero que no haya problemas. —Se levantó y se marchó de la habitación.

Atul empezó a quedarse en mi habitación. Anukul-babu tenía un catre extra que subió para que lo utilizara. Atul no pasaba mucho tiempo en la habitación durante el día. Se marchaba pronto por la mañana a buscar trabajo y volvía sobre las once. Volvía a salir después de comer. Pero el poco tiempo que pasaba en la casa fue suficiente para crear una camaradería con el resto de habitantes de la casa. Se acercaban a él con entusiasmo en la sala común todas las tardes. Pero, como no sabía de cartas, se iba silenciosamente poco después y bajaba para charlar con el doctor. Empecé a hablar con él con bastante facilidad. Teníamos la misma edad y éramos compañeros de habitación para más inri. Así que no tardamos mucho en tener una relación bastante más informal.

Después de la llegada de Atul, pasó una semana muy tranquila. Luego empezaron a ocurrir cosas extrañas en la casa.

1 Vestimenta tradicional masculina en la India. Se trata de una tela grande que se ata alrededor de la cintura.

Atul y yo estábamos sentados charlando con Anukul-babu una tarde. La multitud de pacientes había disminuido considerablemente. Seguían llegando unos pocos, que describían sus síntomas y cogían sus medicamentos. Anukul-babu les daba la medicina y guardaba el dinero en una caja cercana mientras conversaba con nosotros. Había habido una conmoción en la zona por un asesinato que se había cometido justo delante de nuestra casa la noche anterior. Ese era el tema de nuestra conversación. La principal razón para la excitación que rodeaba el tema era que, aunque la víctima parecía provenir de las zonas más pobres donde se arracimaban los que no eran bengalíes, su monedero contenía un fajo de billetes de cien rupias.

—Todo esto está relacionado con el tráfico de cocaína. Pensadlo, si el asesinato hubiera sido por dinero, ese hombre no tendría todavía mil rupias guardadas en el cinturón. Supongo que era un comprador de cocaína, que había ido a comprar un poco y quizá descubrió algún secreto sobre los traficantes. Tal vez los amenazó con ir a contárselo a la policía o con extorsionarlos. Y entonces... —dijo el doctor.

—No sé, señor, estoy bastante asustado. ¿Cómo se las apaña para vivir en esta zona? Si lo hubiera sabido antes...

—Entonces hubiera preferido ir a vivir al barrio Oriya —dijo riéndose el médico—. Pero puede ver que no estamos asustados. Llevo viviendo aquí diez años, más o menos, pero como no meto las narices en los asuntos de la gente, nunca me meto en problemas.

—Anukul-babu —dijo entre susurros Atul—, estoy seguro de que usted también tiene sus secretos, ¿verdad?

De repente, oímos un ruido detrás de nosotros y nos giramos para descubrir que Ashwini-babu estaba mirando por la mirilla y escuchándonos a escondidas. Su rostro estaba inusualmente pálido.

—¿Qué sucede, Ashwini-babu? —le pregunté—. ¿Qué está haciendo aquí abajo a estas horas?

Ashwini-babu tartamudeó confuso.

—No... No es nada... Er... Solo... Solo quería uno o dos *bidi*¹... —siguió murmurando mientras subía las escaleras.

Nos miramos asombrados. Todos sentíamos mucho respeto por el anciano y sombrío Ashwini-babu, pero ¿qué estaba haciendo bajando en silencio las escaleras y escuchando en secreto nuestra conversación?

Cuando nos sentamos a cenar, descubrimos que Ashwini-babu ya había comido. Después, me encendí un cigarro como siempre y fui a mi habitación. Allí me encontré a Atul tumbado en el suelo con solo una almohada bajo su cabeza. Me sentí un poco incómodo, porque aún no hacía el calor suficiente como para que fuera bueno dormir en el suelo. La habitación estaba a oscuras y Atul no se movía, así que asumí que estaba cansado y que se había quedado dormido. Yo no tenía el más mínimo sueño todavía, pero, como encender la luz en la habitación hubiera despertado a Atul, empecé a pasear descalzo en vez de intentar leer o escribir.

Después de un rato, pensé que debería ir y visitar a Ashwini-babu, por si acaso no se encontraba bien. Su habitación estaba a dos puertas de la mía. Estaba abierta y nadie respondió cuando llamé. Curioso, entré en la habitación. El interruptor de la luz estaba al lado de la puerta. Lo encendí, y me encontré con que la habitación estaba vacía. Eché una mirada por la ventana que daba a la calle, pero no se le veía desde allí tampoco.

1 Cigarrillo típico de la India.

¡Pues vaya! ¿Dónde podía haber ido un hombre a esas horas de la noche? De repente, se me ocurrió que tal vez hubiera bajado donde el doctor para obtener algo de medicación. Rápidamente, bajé las escaleras. La puerta del médico estaba cerrada desde dentro. Lo más probable era que ya estuviera dormido. Me quedé frente a la puerta, dudando, durante unos minutos. Estaba a punto de darme la vuelta cuando escuché voces dentro. Era Ashwini-babu hablando en susurros nerviosos.

Durante un momento, sentí la tentación de quedarme a escuchar. Pero al siguiente instante me controlé. Tal vez Ashwini-babu estaba hablando de alguna enfermedad, así que no debería escucharlo. Sin hacer ningún ruido, volví a subir a mi habitación.

Cuando llegué, me encontré a Atul tumbado todavía en la misma posición. Se giró cuando me vio.

—Ashwini-babu no está en su habitación, ¿verdad? —me preguntó.

—No. ¿Estás despierto? —dije sorprendido.

—Sí. Ashwini-babu está con el doctor en el piso de abajo.

—¿Cómo sabes eso?

—Todo lo que necesitas para saberlo es poner la cabeza en esta almohada y tumbarte en el suelo.

—¿Qué? ¿Has perdido el juicio?

—Estoy perfectamente cuerdo. Pruébalo.

Puse la cabeza a su lado, llevado por la curiosidad. Después de unos momentos tumbado, escuché algunas voces y fragmentos de conversación. Y entonces oí claramente la voz de Anukul-babu.

—Estás demasiado nervioso. No son más que imaginaciones tuyas. Es bastante normal cuando estás profundamente dormido. Te voy a dar una medicina, tómatela y vete a dormir.

Si todavía piensas lo mismo cuando te despiertes, puedes hacer lo que quieras.

No fui capaz de entender la respuesta de Ashwini-babu. Por el sonido de las sillas raspando el suelo, pude imaginarme que se habían levantado. Abandoné mi posición supina y me erguí.

—Había olvidado que la habitación del doctor está justo debajo de la nuestra. Pero ¿cuál crees que es el tema? ¿Qué le pasa a Ashwini-babu?

—¿Quién sabe? —dijo Atul bostezando—. Es bastante tarde, vamos a dormir.

—¿Por qué estabas tumbado en el suelo? —pregunté, suspicaz.

—Estaba cansado después de recorrer las calles durante la mayor parte del día y el suelo parecía bastante fresco. Antes de darme cuenta, me había quedado dormido. Sus voces me despertaron.

Escuché los pasos de Ashwini-babu en las escaleras. Fue a su habitación y cerró la puerta de golpe.

Comprobé mi reloj, eran las once. Atul se había quedado dormido y la casa estaba en completo silencio. Me tumbé en la cama y empecé a cavilar sobre Ashwini-babu. En algún momento, me quedé dormido.

Fue Atul quien me despertó agitándome por la mañana. Eran las siete.

—Ey, será mejor que te levantes. Ha pasado algo malo.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Ashwini-babu no abre la puerta. Ni siquiera responde a nuestras llamadas.

—¿Qué le pasa?

—Nadie lo sabe. Ven conmigo... —Salió rápidamente de la habitación.

Lo seguí y vi que todos se habían reunido alrededor de la puerta de Ashwini-babu. Estaban intentando tirar la puerta

mientras especulaban, excitados. Anukul-babu se nos había unido también. Todos se estaban poniendo bastante ansiosos porque Ashwini-babu no solía dormir hasta tan tarde. Es más, incluso si estuviera dormido, ¿no debería haberlo despertado todo ese estruendo?

Atul se acercó a Anukul-babu.

—Mire, tiremos la puerta simplemente. Tengo un mal presentimiento sobre esto.

—Sí, sí, por supuesto. Tal vez el hombre esté inconsciente, si no, ¿por qué no responde? No esperemos más. Atul-babu, por favor, tire la puerta abajo.

Era una puerta de madera, de cerca de cuatro centímetros de grosor, y estaba cerrada con llave por fuera, pero por dentro se podía abrir girando una manija. Sin embargo, cuando Atul y otro par de personas se lanzaron contra ella con fuerza, la cerradura se rompió ruidosamente y la puerta se abrió por completo. La visión que nos encontramos a través del hueco de la puerta nos quitó el aliento por el terror. Ashwini-babu estaba tumbado boca arriba junto a la entrada: le habían cortado la garganta de lado a lado. La sangre se había coagulado bajo la cabeza y el hombro; parecía una alfombra de terciopelo carmesí. En su puño derecho, que tenía extendido, una cuchilla sangrienta parecía reírse de nosotros vilmente.

Nos quedamos congelados, como si nos hubieran robado la voluntad para movernos. Entonces, Atul y el doctor entraron a la habitación al mismo tiempo.

Anukul-babu miró, paralizado por el desconcierto, la grotesca imagen.

—¡Qué terrible! —dijo con voz insegura—. ¡Ashwini-babu se ha quitado la vida!

Pero la mirada de Atul no estaba fija en el cadáver. Sus ojos viajaban por todas las esquinas de la habitación con la agudeza de

un estoque. Dirigió su mirada primero a la cama y después a la ventana abierta que daba a la calle.

—No es un suicidio —declaró con calma, dirigiéndose de nuevo a nosotros—. Anukul-babu, esto es un homicidio, un vil asesinato. Voy a informar a la policía. Por favor, no toquen nada de lo que hay aquí.

—¿Qué está diciendo, Atul-babu?! —dijo Anukul-babu—. ¿Qué asesinato?! Pero si la puerta estaba cerrada por dentro, y después está... —Señaló al arma ensangrentada.

Atul negó con la cabeza.

—Puede ser, pero esto es un asesinato. Quédense todos aquí, traeré a la policía inmediatamente. —Se marchó a toda prisa.

Anukul-babu se sentó con la cabeza entre las manos.

—¡Por Dios, cómo ha podido pasar esto en mi casa!

La policía nos interrogó a todos, incluyendo a los sirvientes y a la cocinera de la casa de huéspedes. Dijimos todo lo que sabíamos. Pero ninguna de nuestras declaraciones arrojó ninguna luz sobre el misterio de la muerte de Ashwini-babu. Era una persona amable y no tenía ningún amigo excepto los del trabajo y nosotros. Todos los sábados se iba a visitar a su familia. Esta había sido su rutina durante los últimos diez o doce años, sin excepción. Llevaba un tiempo sufriendo de diabetes. Solo algunos datos generales como esos salieron a la luz.

El doctor también dio su testimonio. Lo que dijo solo sirvió para que el asunto fuera más complicado.

—Ashwini-babu llevaba viviendo en mi casa doce años. Su hogar estaba en el pueblo de Hariharpur, en el distrito de Burdwan. Trabajaba en una empresa mercantil y tenía un salario de aproximadamente ciento veinte rupias. Con tan poco dinero le era imposible estar con su familia en Calcuta y por eso vivía aquí solo.

»Por lo que sé, Ashwini-babu era un hombre sencillo y responsable. No creía que fuera bueno deber nada a nadie, así que no tenía ninguna deuda. Por lo que sé, no tenía ningún hábito poco saludable ni ninguna adicción. Todos pueden ser testigos de esto.

»En todo este tiempo no he descubierto nada extraño ni sospechoso sobre él. Llevaba sufriendo de diabetes los últimos meses, así que lo estaba tratando. Pero nunca había tenido ninguna noticia de su enfermedad mental. Ayer, por primera vez, me di cuenta de una anomalía en su comportamiento.

»Estando sentado en mi despacho sobre las diez menos cuarto de la mañana, Ashwini-babu se me acercó y me dijo que necesitaba hablar conmigo en privado. Lo miré un poco sorprendido, pues parecía extremadamente preocupado, así que le pregunté qué sucedía. Sin embargo, miró a todos lados y susurró que no era el momento adecuado, que más tarde me lo diría. Entonces se fue a trabajar con prisa.

»Por la tarde, Ajit-babu, Atul-babu y yo estábamos charlando cuando, de repente, Ajit-babu descubrió que Ashwini-babu había estado escuchando nuestra conversación a través de la puerta. Cuando lo llamamos, murmuró unas excusas y se fue corriendo. Todos nos quedamos extrañados, preguntándonos qué le pasaba.

»Después, sobre las diez de la noche, entró en mi habitación subrepticamente. Por el aspecto de su rostro, era obvio que no estaba en el mejor estado mental. Cerró la puerta y estuvo hablando durante un rato. Lo primero que dijo fue que había estado teniendo unas pesadillas horribles. Después, que había descubierto un secreto terrible. Intenté calmarlo, pero él siguió y siguió como loco. En un momento dado, le di una dosis de sedantes y le dije que se fuera a dormir, que al día siguiente le escucharía cuando se hubiera tranquilizado. Así que se tomó la medicina y subió a su habitación.

OTROS DETECTIVES EN ESTA COLECCIÓN

El juez Di



Kyōgokudō



Hanshichi



Más información en:
<http://quaterni.es>



Síguenos en:

<http://www.facebook.com/QuaterniEditorial>
<http://www.twitter.com/quaterni>
<http://www.pinterest.com/quaterni>